

COMPAÑEROS DE VIAJE

...

Era mitad de agosto, y el verano se había instalado con intensidad en las calles de Milán. En el calor de la tarde, la gran cúpula de ladrillo de la iglesia de Santa María de las Gracias se elevaba negra hacia el cielo de bronce. Cuando mi *fiacre*¹ se detuvo frente a la iglesia, descubrí otro vehículo aparcado en el resquicio de sombra que se extendía como una alfombra a lo largo de la luminosa acera delante del convento contiguo. Dejé a decisión de los conductores el que compartieran esa ventaja como convinieran y me apresuré a entrar en la fresca presencia del *Cenacolo*. Aquí encontré a los ocupantes del otro *fiacre*, una joven dama y un anciano caballero. Además del funcionario que cobraba el franco de rigor, había también un copista de cabello largo, que buscaba reproducir los secretos silenciosos del gran fresco mediante vivos colores amarillos y azules un tanto vulgares. El caballero observaba seriamente esta ingeniosa operación. La joven dama estaba sentada con los ojos fijos en el fresco, de donde no los movió cuando me senté a su lado. Yo mismo me olvidé también de su presencia tan rápidamente como ella de la mía y me perdí en el estudio de la obra de arte que se mostraba ante nosotros. Una única mirada me había asegurado que la dama era americana.

Desde aquel día, he visto todos los grandes tesoros artísticos de Italia: Tintoretto en Venecia, Miguel Ángel en Florencia y Roma, Correggio en Parma; pero nunca he observado ningún cuadro con una emoción igual a aquella que se despertó en mí cuando esta gran creación de Leonardo se adueñó lentamente de mi inteligencia desde el trágico crepúsculo de su ruina. Una obra de arte tan noblemente concebida nunca muere completamente, al menos mientras perduren media docena de los trazos principales de su diseño. El descuido y la malevolencia son menos astutos que el genio de un gran pintor. El fresco ha sabido preservar con habilidad maestra una abundancia de belleza que sólo el amor perfecto y la compasión pueden llegar a percibir plenamente. De esta forma, bajo mis ojos, el inquieto fantasma del fresco muerto regresó a su morada mortal. Percibía la radiación de la bella imagen central de Cristo, que se propagaba a derecha e izquierda a lo largo de la lamentablemente quebrada línea de los discípulos. Una por una las figuras cobraban vida y significado desde las profundidades de su triste desmembramiento, poniéndose así de manifiesto la vasta y seria belleza de la pintura. ¿Cuál es la fuerza dominante de este magnífico diseño? ¿Es el arte? ¿Tal vez la ciencia? ¿Es el sentimiento o el conocimiento? No puedo decirlo con certeza, pero en momentos de duda y depresión me es de gran ayuda recordar con toda la claridad posible este gran cuadro. De todas las obras de arte llevadas a cabo por el hombre, esta es la menos superficial.

El acompañante de la joven dama finalizó el estudio del trabajo llevado a cabo por el copista y se situó tras su silla. El lector recordará que en el muro se construyó toscamente una puerta, parte de la cual se adentra en el fresco.

—La puerta no está muy conseguida —dijo el anciano caballero, refiriéndose aparentemente al copista.

La joven dama permanecía en silencio.

—Bien, querida —continuó él— ¿Qué opinas?

La joven suspiró.

—La entiendo —dijo.

—¿La entiendes, eh? Bien, supongo que entonces no hay nada más que hacer.

La joven dama se levantó lentamente, poniéndose uno de sus guantes. Sus ojos descansaban en el fresco, por lo que yo podía observarla libremente. Era sin duda americana. Calculé que su edad debía rondar los veintidós años. De estatura mediana, tenía una figura deliciosamente esbelta. Su pelo era castaño, su tez fresca y clara. Llevaba un vestido blanco de piqué y un chal de encaje negro. Sobre sus gruesas trenzas oscuras lucía un sombrero con una pluma de color púrpura. Destacaba por esa delicadeza física y esa elegancia personal (cualidades que algunas veces resultan excesivas) que normalmente delatan a mis jóvenes compatriotas en Europa. El caballero, que evidentemente era su padre, llevaba el sello nacional tan claramente como ella. Tenía un rostro astuto, firme y generoso, que revelaba numerosos tratos con muchos hombres, así como conversaciones sobre acciones, valores y precios —un rostro, por otra parte, en el que permanecía el tenue sonrojo de un excelente clarete. Este perfecto americano era calvo y canoso. Llevaba un corto y puntiagudo bigote blanco repartido entre las dos profundas arrugas que formaban los lados de un triángulo, del cual su boca era la base y el puente de su nariz, donde descansaban sus gafas, el vértice. En deferencia tal vez a este crecimiento exótico, vestía mejor de lo que es común entre el típico ciudadano americano: corbata azul, chaleco blanco y pantalones grises. Como su hija se resistía a marcharse, me miró con un aire de sagaz conjetura.

—¡Ah, ese Cristo tan maravillosamente hermoso! —exclamó la joven dama, en un tono que traicionaba sus palabras a pesar de su suavidad—. Padre, ¡qué pintura!

—¡Hum! —dijo el padre— Pues yo no la entiendo.

—Debo comprar una fotografía —replicó la joven. Se dio la vuelta y caminó hacia el extremo más alejado de la sala, donde el conservador presidía una mesa con fotografías e ilustraciones. Mientras tanto, su padre había reparado en mi Murray².

—¿Es usted inglés? —me preguntó.

—No, soy americano. Como usted, imagino.

—Encantado de conocerle. ¿De Nueva York?

—De Nueva York. Pero he estado lejos de casa durante unos cuantos años.

—¿Vive usted aquí?

—No, he vivido en Alemania. Acabo de llegar a Italia.

—Ah, nosotros también. La joven dama es mi hija. Está loca por Italia. Nos encontrábamos tranquilamente en Interlaken cuando de repente leyó en algún maldito libro que Italia debe visitarse durante el verano. Así que me arrastró por las montañas hasta esta caldera abrasadora. Me estoy derritiendo literalmente. He perdido cinco libras en tres días.

Respondí que el calor era efectivamente intenso, pero que estaba de acuerdo con su hija en que Italia debe visitarse durante el verano. ¿Qué podría ser más agradable que la temperatura de esa vasta y fresca sala?

—Ah, sí —dijo mi amigo—; supongo que tendremos muchas más visitas como esta. Pero no me importa siempre que mi hija se divierta.

—Parece que está disfrutando mucho con las fotografías —comenté. De hecho, la joven comparaba fotografías con aparente gran energía, mientras el vendedor elogiaba su mercancía al estilo italiano. Paseamos hasta la mesa. La muchacha negociaba al parecer una gran fotografía de la cabeza de Cristo en la que el borroso y fragmentado personaje del original se mostraba aumentado en gran tamaño, conservando sin embargo mucha de su exquisita y patética belleza.

—No creo que lo consideren gran cosa en casa —dijo el caballero.

—Tanto peor para ellos —dijo su hija, con un acento de delicada lástima.

Con la fotografía en la mano, se dirigió de nuevo hacia el fresco. Su padre entabló un diálogo en inglés con el conservador. En el transcurso de cinco minutos, deseando

asimismo comparar la fotografía con el original, volví a observar el gran fresco. Conforme me acercaba, la joven apartó la vista de él. Entonces, por primera vez, sus ojos se encontraron con los míos. Eran profundos, oscuros, y luminosos, y me los imaginé llenos de lágrimas. La observé mientras regresaba a la mesa. Su manera de andar me pareció peculiarmente delicada, ligera y rápida, aunque llena de decisión y dignidad. Un estremecimiento de gozo recorrió mi interior cuando percibí sus párpados humedecidos.

«Dulce compatriota», exclamé en silencio, «tienes el don divino del sentimiento». Y volví al fresco con una sensación más profunda de su mérito. Cuando aparté mis ojos de la pintura, mis compañeros ya habían abandonado la sala.

A pesar del gran calor, estaba preparado para ver Milán a conciencia. De hecho, me gustaba bastante el calor; me parecía que con él mis sentidos, acostumbrados al norte, se adentraban más en lo italiano, en el sur y en el carácter local de las cosas. No he olvidado que, en esa tarde abrasadora, fui a la iglesia de San Ambrosio, a la Biblioteca Ambrosiana, y a una docena de pequeñas iglesias. Cada paso destilaba una gota más rica en la saludable copa del placer. Desde mi más temprana juventud, bajo un cielo alemán, había soñado con este peregrinaje italiano, y, después de mucha espera, de mucho trabajo y muchos planes, por fin había podido llevarlo a cabo con un espíritu de ferviente devoción. Hubo momentos en Alemania en los que me consideré un hombre inteligente, pero era ahora cuando me parecía que *sentía* por vez primera vez mi inteligencia. La Imaginación, jadeante y exhausta, se retiró del juego, y la Observación vino en su lugar, temblorosa y brillante, acompañada de un despierto deseo.

Ya había estado dos veces en la Catedral, y había paseado sin rumbo por entre las apiñadas sombras interiores de los inmensos soportales que sostienen pináculos y agujas desafiantes. Hacia el final de la tarde, me encontré paseando una vez más sobre el extenso suelo plantado de columnas y engarzado de altares, con la intención de subir hasta el tejado. Al presentarme en la pequeña puerta del transepto derecho, a través de la cual se accede a las zonas superiores, percibí a mis compatriotas que se preparaban a subir, no sin algo de reparo por parte del lado paterno. El pobre caballero se había acomodado en una silla, donde se abanicaba con su sombrero presentando un aspecto de insoportable acaloramiento. El sacristán, mientras tanto, mantenía la puerta abierta con un aire de invitación. Mi corpulento amigo, con el pulgar en su Murray, se resistía sin embargo a subir. Dándose cuenta de mi presencia, su rostro expresó una repentina sensación de vago alivio.

—¿Ha estado usted ya arriba? —inquirió con un quejido.

Respondí que estaba a punto de hacerlo y recordando en aquel momento el hecho, que conocía más de oídas que por experiencia, de que las jóvenes damas americanas no deben separarse en ningún momento de sus progenitores de forma inadecuada, me aventuré a declarar que, si mi amigo no estaba dispuesto a afrontar la fatiga de subir al tejado en persona, yo estaría encantado como compatriota, y ya tal vez capacitado para declararme como conocido, de acompañar y ayudar a su hija.

—Es usted muy amable, señor —dijo el pobre hombre—. Confieso que estoy a punto de abandonar. Preferiría realmente sentarme aquí a observar a estas bellas damas italianas mientras rezan. Charlotte, ¿qué opinas?

—Si estás cansado por supuesto que lamentaría obligarte a hacer el esfuerzo —dijo Charlotte—. Pero creo que lo interesante es contemplar la vista que se divisa desde el tejado. Estoy muy agradecida al caballero.

Se acordó por tanto que subiríamos juntos.

—Buena suerte —exclamó mi amigo—, y tenga buen cuidado de ella.

Aquellos que hayan paseado por las inmensidades marmóreas de la cumbre de la catedral de Milán apenas esperarán que se las describa. Sólo se las puede apreciar de forma adecuada cuando se las contempla como un todo completo y concéntrico. Yo no las apreciaba como un todo; una semana en Italia me había probado que no disponía del *coup d'oeil* arquitectónico. Cuando recuerdo el momento en el que emergimos tras el sofocante ascenso en espiral, me sobreviene principalmente una confusa sensación de inmensa elevación hacia el cielo, así como la impresión de que fantásticas y cegadoras figuras de mármol brotaban de un modo prodigioso e intenso. Allá arriba, enaltecido por la acción del sol, se encuentra un vasto mundo marmóreo. La sólida blancura se extiende en enormes losas a lo largo de las pendientes iridescentes de la nave y del transepto, como los solitarios campos nevados de los Alpes más elevados. Esa blancura salta, asciende, hiere y ataca el azul desprotegido del cielo con una incisión intensa y jubilosa y se enfrenta con un brillo más que igual a la implacable luz del sol. El día decae, declina, expira, pero el mármol brilla para siempre, sin fundirse ni alterarse. El lector sabrá sin duda lo que quiero decir si alguna vez en la Piazza ha dirigido su mirada hacia arriba a medianoche. La fuerza plástica que se observa, con una frecuencia asombrosa, en el punto más elevado de algunos pináculos, explota dando lugar a una flor o una figura perfecta con una sensación de satisfecho descanso. Una miríada de estatuas esculpidas permanecen suspendidas y guardadas en hornacinas más allá del alcance de la vista humana, conocidas sólo por el aire que las atraviesa. La pérdida de estas obras de arte a los ojos de los mortales es, supongo, beneficio de la Iglesia y del Señor. De entre todos los santuarios llenos de joyas y de entre los tabernáculos ricamente trabajados que hay en Italia, nunca he visto tal magnífico desperdicio de trabajo ni tal gloriosa síntesis de ingeniosos secretos. Mientras uno pasea, sudando y parpadeando, por los distintos niveles del edificio, los ojos vislumbran en cientos de puntos el pequeño perfil de un santo diminuto cuya vista está fija en las alturas vertiginosas, un par de manos unidas orando al inmediato y brillante cielo, o la sandalia de un clérigo cuyo pie está plantado al filo del blanco abismo. Y entonces, además de este mundo poderoso de la propia Catedral, se observa el panorama de toda la verde Lombardía —vasta y perezosa Lombardía, que descansa después de sus cataclismos alpinos.

Mi compañera llevaba una pequeña sombrilla blanca con un forro violeta. Protegida así del sol, trepó y observó todo lo que la rodeaba con abundante coraje y espíritu. Sus movimientos, su mirada, su voz, rebosaban de placer inteligente. Fue entonces, en el momento en que pude observarla de cerca, cuando me di cuenta de que aunque tal vez careciera de una belleza clásica, su juventud, el verano e Italia la convertían en más que suficientemente hermosa. Durante mis años de residencia en Alemania, viviendo entre alemanes en una pequeña ciudad universitaria, los americanos me habían llegado a interesar en alto grado por lo que representaban de novedoso y remoto. Tenía en muy alta estima el encanto de las mujeres americanas en especial, y estaba más que preparado para dejarme cautivar por las afamadas gracias de su franqueza y libertad. Ya había percibido que en la muchacha que me acompañaba había una calidad de femineidad diferente de cualquier otra mujer que hubiera conocido recientemente; poseía un entusiasmo, una madurez, una conciencia, que despertaron profundamente mi curiosidad. Era de una ingenuidad auténtica.

—Usted es americana —dije mientras nos asomábamos para mirar hacia lo lejos.

—Efectivamente, ¿y usted? —en su voz se quebró el encanto. Era aguda, fina, y nerviosa.

—También, afortunadamente.

—Nunca lo habría pensado. Le hubiera tomado por alemán.

—Mi educación es alemana. Yo supe que usted era americana desde el primer momento en que la vi.

—Me lo imagino. Al parecer las mujeres americanas son fácilmente reconocibles. Pero no hablemos de América —hizo una pausa y barrió con sus ojos oscuros la admirable grandeza del panorama—. Esto es Italia —dijo— ¡Italia, Italia!

—Efectivamente, Italia. ¿Qué piensa usted del Leonardo?

—Creo que sólo puede existir un sentimiento hacia él. Es el más triste y bello de los cuadros. Pero yo no sé nada de arte. No he visto nada todavía excepto aquel precioso Rafael en el Brera.

—Tiene usted ante sí una gran cantidad de cosas. Van ustedes al sur, supongo.

—Sí, vamos directamente a Venecia. Allí veré los Tizianos.

—Tiziano y Paolo Veronese.

—Sí, apenas puedo creerlo. ¿Ha viajado usted alguna vez en góndola?

—No, esta es mi primera visita a Italia.

—Ah, entonces todo es nuevo también para usted.

—Divinamente nuevo —dijo con emoción.

Ella me miró con una sonrisa, un rayo de amistoso placer en mi placer.

—Y, ¿no está usted decepcionado?

—En lo más mínimo. Soy un alemán ejemplar.

—Yo soy una americana ejemplar. Vivo en Araminta, Nueva Jersey.

Visitamos a conciencia las alturas de la iglesia, concluyendo con una subida a la pequeña galería de la aguja central. La vista que se divisa desde allí no puede describirse con palabras, especialmente la que apunta hacia la larga línea montañosa que cierra el norte. El sol se ocultaba. Claros y serenos sobre sus cimientos azules, los picos nevados se agrupaban y desperdigaban, envueltos en luz y silencio. Hacia el sur, las largas sombras se fundían y multiplicaban y las llanuras boscosas de Lombardía se disolvían en la perfecta Italia. Este panorama produce una gran emoción al viajero que viene del norte y un vago y delicioso impulso de conquista despierta en su corazón. Desde esta vertiginosa posición estratégica, y mientras el visitante se asoma a la bella e histórica región que se exhibe ante él, sus ojos recorren el territorio con un ambicioso deseo de abarcarlo todo.

—Aquello es el Monte Rosa —dijo—, eso es el paso del Simplon. Allí está el triple esplendor de aquellos preciosos lagos.

—Pobre Monte Rosa —dijo mi compañera.

—Estoy seguro de que nunca había pensado en el Monte Rosa como en un objeto de lástima.

—Usted no sabe lo que representa. Representa el genio del norte. Ahí está, congelado y fijo, con su cabeza descansando sobre aquella pared montañosa, contemplando este maravilloso mundo del sur y añorándolo por siempre en vano.

—Está muy bien que no pueda venir. Se derretiría.

—Es cierto. Es bello, también, a su estilo. Me gusta imaginar que me ha escogido como su enviada y que he venido hasta aquí para recibir su bendición.

Hice además de señalar unos cuantos lugares.

—Más allá está Venecia, fuera de nuestra vista. Por el camino hay una docena de pequeños y maravillosos pueblos. Espero visitarlos todos y pasear durante todo el día por sus calles, sus iglesias, sus pequeños museos y sus grandes palacios. Por la noche me sentaré en la puerta de un café en una pequeña *piazza*, contemplando algún bello edificio a la luz de la luna y diré, «¡Ah!, ¡esto es Italia!»

—Ustedes los hombres son verdaderamente afortunados. Me temo que nosotros debemos ir directamente a Venecia.

—¿Su padre insiste en ello?

—Lo está deseando. ¡Mi pobre padre! Se acostumbró desde joven a vivir con prisas y no puede cambiar de costumbre ni incluso ahora que ya se ha retirado y no tiene nada más que hacer.

—Pero creía que en América las hijas exigen tanto como los padres.

La joven muchacha me miró, medio sonriendo, medio seria.

—¿Tiene usted madre? —me preguntó.

Y entonces, ruborizándose ligeramente por su franqueza y sin esperar a que le respondiera me dijo:

—Esto no es América. Me gustaría pensar que puedo convertirme en una criatura de Italia durante un tiempo.

De alguna manera sentí un cierto contagio en su momentáneo arranque de franqueza.

—Sospecho firmemente que es usted americana hasta lo más profundo de su alma y que nunca será ninguna otra cosa. Espero que así sea —dije yo.

En esta esperanza había quizás una pequeña insolencia, pero mi compañera se dirigió a mí con una delicada sonrisa, que parecía insinuar que la perdonaba.

—Usted, sin embargo, es un perfecto alemán, al menos eso creo, y nunca será nada distinto de eso —dijo.

—Estoy seguro de que deseo de todo corazón ser un buen americano —respondí—. Estoy abierto a convertirme. Póngame a prueba.

—Gracias. No tengo la pasión suficiente, pero puedo proponérselo a mi padre. Por cierto, no debemos olvidarnos de que nos está esperando.

En efecto, nos habíamos olvidado de él durante algún tiempo. Descendimos de la torre y nos acercamos a la balaustrada que bordea la fachada del edificio y observamos la ciudad y la plaza más abajo. Milán tenía a mis ojos un peculiar encanto de alegría templada, la suavidad del sur sin su lasitud, y sentí que podría pasar un mes allí de buena gana. Conforme descendía el calor y se acercaba la noche, la vida común de las calles comenzaba a despertar y murmurar de nuevo. Una deliciosa emanación de la dulzura de la vida transalpina llegó hasta nuestros rostros. Las bellas mujeres italianas aparecían, perezosas y desaliñadas, en los pequeños balcones de las ventanas y entre los toldos inclinados, con los pies entre las abarrotadas macetas y con sus rollizos brazos desnudos apoyados sobre las barandillas de metal, todavía adormiladas tras la interrumpida *siesta*. Jóvenes, esbeltos y atractivos oficiales comenzaban a esparcirse por la calle, magníficos con sus espadas de sonido metálico, sus bigotes castaños y sus piernas enfundadas en pantalones de color azul celeste. En suave armonía con ellos, varias damas de Milán salían para disfrutar del fresco; elegantes, románticas, provocadoras, con cortos vestidos negros y mantillas de encaje que colgaban de sus *chignons*, se adornaban con un ligero maquillaje que resaltaba artísticamente la oscuridad de su pelo y de sus ojos. ¡Qué distinto era aquello de Alemania! ¡Y qué distinto debía ser de Araminta, Nueva Jersey! «Es el sur, el sur», me repetía a mí mismo una y otra vez, «el sur en la naturaleza, en el hombre, en la educación». Era un mundo más brillante.

—Es el sur —le dije a mi compañera—. ¿No lo siente en sus nervios?

—Es muy agradable —dijo ella.

—Debemos olvidar todas nuestras inquietudes, deberes y pesares y centrarnos en lo hermoso. Piense en esta gran trampa para los rayos de sol, en esta ciudad de amarillos, rojizos y carmesíes, de vocales líquidas y sonrisas sesgadas, como en un templo de Moralidad y Conciencia, al igual que una de nuestras catedrales del norte. No pertenece al cielo sino a la tierra, al amor, a la luz y al placer.

Mi amiga permaneció en silencio por un momento.

—Me alegro de no ser católica —dijo por fin—. Vayamos. Debemos regresar.

Encontramos el interior de la catedral deliciosamente fresco y oscuro. El padre de la joven no se encontraba en el lugar de donde partimos, y comenzamos a caminar por la iglesia en su búsqueda. Nos encontramos con un grupo de damas milanesas, encantadoras con su melancólica elegancia y el encanto español de sus velos. Mi compañera mostraba una simpatía persistente y fraternal hacia estas pálidas penitentes y postulantes.

—¿No desearía ser católica ahora? —pregunté—. Sería tan agradable llevar una de esas preciosas mantillas.

—Las mantillas son sin duda favorecedoras —respondió—. Pero, ¿quién sabe qué horribles y antiguas penas, temores y remordimientos cubren? Mire a esa dama.

Estábamos de pie cerca del altar mayor. Mientras hablaba, una mujer arrodillada se levantó, y conforme arreglaba los pliegues de su manto de encaje en torno a su pecho, fijó sus grandes ojos oscuros en nosotros con una intensidad considerable y peculiar. Era joven y tenía un rostro pálido y demacrado. Llevaba un vestido de cierta elegancia deslustrada y mostraba una notable nobleza en sus gestos y en su porte. Se aproximó a nosotros con una extraña mezcla de decencia y desafío en su expresión.

—¿Son ustedes ingleses? —dijo en italiano—. Es usted muy bonita. ¿Es él su hermano o un enamorado?

—No es ninguna de las dos cosas —dije con un cierto tono de reproche.

—¿Ninguna? ¡Sólo un amigo! Alégrese de tener un amigo, Signorina. ¡Ah, es usted bonita! Justo ahora mientras rezaba me miraba y pensó por lo visto que era muy interesante. No me importa. Puede verme aquí cualquier día. Pero espero sinceramente que nunca tenga que rezar unas oraciones tan amargas como las mías. Excúsenme —y se alejó.

—¿Qué habrá querido decir con eso? —dijo mi compañera.

—El Monte Rosa —dije yo—, era el genio del norte. Esta pobre mujer es el genio de lo Pintoresco. Nos muestra la miseria esencial que hay detrás de él. No es una lección malsana para recibirla al comienzo. Mírela mientras recorre el pasillo. ¡Qué porte de cabeza! Lo pintoresco es bello de todas formas.

—Me pregunto cuál será su desgracia —murmuró la muchacha—. Ha barrido una ilusión con los pliegues de aquellas ropas negras.

—Bien —dije—, he aquí un hecho sólido para reemplazarla.

Mis ojos acababan de descubrir el objeto de nuestra búsqueda. Estaba sentado sobre un silla, medio inclinado contra una columna. Su barbilla descansaba en su pecho, y sus manos estaban cruzadas sobre la parte más sobresaliente de su chaleco. Camisa y chaleco se levantaban y caían con una visible y audible regularidad. Me desvié y dejé que la joven se ocupase de él. Una vez hubo conseguido que su padre se despertara, este me agradeció efusivamente el que me hubiera ocupado de la muchacha, y expresó el deseo de que nos volviésemos a ver.

—Partimos mañana hacia Venecia —dijo—. Estoy deseando respirar el frescor de la brisa marina y comprobar si las góndolas merecen tanto la pena.

Como yo también esperaba estar en Venecia en unos días, estaba seguro de que nos encontraríamos. Previendo esta circunstancia, mi amigo propuso que nos intercambiáramos tarjetas, cosa que hicimos, allí y entonces, ante el altar mayor, sobre la preciosa capilla que contiene las sagradas reliquias de San Carlos Borromeo. Fue así como supe que su nombre era Mr. Mark Evans.

—¡Tome notas por nosotros! —exclamó Miss Evans mientras nos dábamos la mano en señal de despedida.

Pasé la noche, después de la cena, paseando entre las calles concurridas de la ciudad, saboreando la humanidad milanesa. En la puerta de un café percibí a Mr. Evans sentado ante una pequeña mesa redonda. Parecía haber descubierto los méritos de la absenta. Me pregunté dónde habría dejado a su hija. Me imaginé que estaría en su habitación, escribiendo en su diario.

La quincena que siguió a mi partida de Milán fue en todos los aspectos memorable y deliciosa. Con un interés que se acentuaba hora a hora mientras leía, pasé las primeras páginas de la fascinante novela que es Italia. Llevé a cabo con detalle el programa que había trazado para Miss Evans. Aquellos pocos y breves días, cuando los recuerdo, se me antojan los más dulces, llenos y tranquilos de mi vida. Todas las pasiones personales, todo el egocentrismo agitado, todas las esperanzas mundanas, penas y miedos se disiparon y fueron absorbidos por la sólida percepción de lo presente, que exhalaba la pura esencia del romanticismo. ¿Qué palabras pueden reproducir la imagen que estas ciudades del norte de Italia proyectan sobre una retina sensible? Serían palabras gastadas, desiertas, inhóspitas, decadentes, sucias. En aquellos días del mes de agosto el sol meridional entraba a raudales por sus calles con una ferocidad tal que no dejaba resquicio para ninguna acechante sombra de atractivo misterio. Pero tomándolas tal y como el tiempo cruel las había creado y abandonado, encontré en ellas una enseñanza y encanto inconmensurables. Parecía que por primera vez mi percepción viviera una propia y firme vida creativa. ¿Cómo se alimentaba de las mohosas migajas del dichoso pasado! Siempre he pensado que la facultad de observar es una voluble impostora, ya que rehúsa tragarse el orgullo, desprenderse de su coraje y caminar a gatas, si es necesario, en las ranuras y los rincones oscuros de la vida. En estas ciudades muertas de Verona, Mantua, Padua, ¿cómo se ha deleitado la vida y ratificado en su fortaleza! ¿Cómo han crecido y florecido el sentimiento y la pasión! ¿Cuánta historia se ha llevado a cabo! ¿Cuántas vidas han madurado y decaído! Nunca en ningún otro sitio he tenido una impresión más profunda de los secretos sociales del género humano. Incluso en Inglaterra, en aquellos lugares habituales de reunión rodeados de vegetación, modelos de paz doméstica que amortiguan el sonido de los acordes de la civilización británica, uno tiene la ligera sensación del posible movimiento y fruición del carácter individual. Más allá de cierto punto, es posible imaginar que este carácter emergió en el ambiente general del deber, de los negocios y de la política. En Italia, a pesar de que se tenga conocimiento de la intensa conciencia pública que una vez inflamó estos pequeños y compactos estados, la poco aplicada y espontánea vida moral de la sociedad parece haber sido más activa y más sutil. Paseaba con un volumen de Stendhal en mi bolsillo, y con cada paso recogía algún persistente testimonio de la exquisita vanidad de la ambición.

Pero la gran emoción, después de todo, era sentirme entre escenarios en los que el arte se había introducido tan libremente; en repetidas ocasiones había sido malo, pero nunca había dejado de ser arte. Un instinto invencible de belleza había presidido la vida, un instinto a menudo absurdamente rudimentario y primitivo. Dondequiera que mirase encontraba un principio vital de elegancia, desde la sonrisa de una criada a la curva de un arco. Mi memoria vuelve con una ternura especial a ciertas horas en los oscuros y marchitos salones de aquellos palacios vacíos y ruinosos que presumen de «colecciones». Los cuadros son frecuentemente pobres, pero la impresión del visitante es generalmente rica. Los suelos embaldosados están desnudos; las puertas carecen de pintura; los grandes ventanales, de cortinas; las sillas y las mesas han perdido sus paños dorados y adamascados, pero el fantasma de una elegante aristocracia camina al lado de uno y hace que la melancolía honre la morada con una dignidad que no tolera ningún sarcasmo. Se siente que aquí el arte y la piedad han sido instintos ciegos y generosos. Se

recuerda al visitante mediante acentos persuasivos el viejo régimen personal en las relaciones humanas. Algunos cuadros son protegidos y escondidos tras cortinas *virginibus puerisque*⁵. Delgados y pacientes abades condujeron a través de estas deslustradas salas a sus jóvenes y virginales pupilos. ¿Ha leído *La Cartuja de Parma* de Stendhal? Había una galería de este tipo en el palacio de la Duquesa de San Severino.

Tras un largo día que ocupé en pasear, descansar y observar, fue un placer absoluto sentarme a la puerta de un café bajo el cálido cielo estrellado, comiendo un helado y llevando a cabo un experimento ocasional al hablar con mis vecinos. Recuerdo con especial cariño y delicia tres dulces veladas en la deliciosa Piazza dei Signori en Verona. La Piazza es pequeña, compacta, casi privada, accesible sólo a los peatones, pavimentada con grandes losas que sólo han conocido suaves pasos humanos. A un lado, sobre su *loggia* ligeramente arqueada, se eleva en elaborada elegancia y gracia la masa bordeada de imágenes del antiguo palacio del Ayuntamiento; enfrente se hallan dos edificios más severos y pesados, dedicados a oficinas municipales y al alojamiento de soldados. Si se pasa a través del arco que lleva fuera de la Piazza, se encuentra un vasto espacio rectangular con una escalera que se eleva hacia el sol, una fila de gendarmes sentados a la sombra a lo largo de la pared, un grupo de soldados limpiando sus mosquetes y una docena de personas, hombres y mujeres, asomándose desde las ventanas abiertas.

En una esquina de la pequeña plaza se elevaba hacia la pálida oscuridad el alto y esbelto fuste del *campanile* de ladrillo; en el centro brillaba firmemente una blanca y colosal estatua de Dante. Detrás de esta estatua estaba el Caffè Dante, donde durante tres días consecutivos me senté hasta medianoche, sintiendo el lugar, aprendiendo su soberana «distinción».

Pero no pretendo hablar de Verona. Mientras me aproximaba a Venecia, comencé a sentir una suave impaciencia, un temblor expectante del corazón. El día anterior a mi llegada lo pasé en Vicenza. Me paseé todo el día sin rumbo por las calles, admirando, por supuesto, los palacios de Palladio y disfrutando de ellos desobedeciendo a la razón y a Ruskin. Me parecían en esencia ricos y espléndidos. Por la noche regresé, como siempre, al generoso corazón de la ciudad, la decadente y antes gloriosa Piazza. Este rincón de Vicenza proporciona una verdadera y conmovedora premonición de Venecia. No hay ninguna basílica bizantina ni ningún palacio ducal, pero hay un inmenso e impresionante Ayuntamiento, un esbelto *campanile* y dos columnas aisladas que hablan del derrotado dominio veneciano. Aquí me senté ante la puerta de un café, con un grupo de chismosos devotos de las noches meridionales. Como la mayor parte de las mesas estaban llenas, tuve dificultad en encontrar una libre. Al poco vi a un joven que caminaba entre la multitud, buscando un lugar donde sentarse. Se acercó a mí, se detuvo y me preguntó con una elegancia irresistible si podía compartir mi mesa. Asentí cordialmente: se sentó y pidió un vaso de agua con azúcar. Aparentaba tener aproximadamente mi edad y estaba lleno de la opulenta belleza de la mayoría de los jóvenes italianos. Su atuendo era extremadamente sencillo: habría podido ser un príncipe disfrazado, un Harun-al-Raschid. Enseguida entablamos conversación. Mi compañero parecía un chiquillo, modesto y elegante; disertaba sin embargo libremente acerca de Vicenza. Llegó a lamentar que no nos hubiéramos conocido antes durante el día, pues habría disfrutado mucho acompañándome en mi paseo por la ciudad. Era un amante apasionado del arte: él mismo era de hecho un artista. ¿Era yo aficionado a la pintura? ¿Estaba dispuesto a comprar? Respondí que no tenía ningún deseo de comprar cuadros modernos, que de hecho disponía de escasos medios para adquirir cualquier cuadro. Él me informó de que poseía una bella obra antigua que, a su gran pesar, se encontraba obligado a vender; un pequeño y divino Correggio. ¿Le haría el favor de

verlo? Confiaba poco en el valor de esta anónima obra de arte pero sentía simpatía por el joven pintor. Accedí a que me visitara a la mañana siguiente y me condujera hasta su casa, donde durante doscientos años, me aseguraba, se había preservado la obra celosamente.

Llegó puntual, hermoso, sonriente, humildemente vestido, como el día anterior. Después de un paseo de diez minutos nos detuvimos ante un vulgar y mediocre *palazzo* que tenía un vago aire palladiano. En el sótano, que daba al patio interior, vivía mi amigo con su madre y su hermana, según me informó. Me guió a través de una oscura antecámara de la que surgía, a través de la puerta abierta de la cocina, un inesperado olor a cebolla. Me encontré en un salón alto y semioscuro. Una de las ventanas, desde donde entraba la luz verdeante a través de una fila de plantas en flor, estaba abierta sobre el patio. Una pálida muchacha de bellos ojos se hallaba sentada sobre un sillón cerca de la ventana con las manos cruzadas. Vestía un camisón; era aparentemente inválida. A su lado permanecía de pie una mujer grande y anciana que llevaba un sencillo vestido de seda negro. Tenía un rostro agradable y ligeramente sonrojado, al parecer, ante la expectación de verme. El joven me las presentó como su madre y su hermana. Sobre una mesa cerca de la ventana y dispuesto verticalmente de tal forma que atrajera la luz, había un pequeño cuadro con un grueso marco. Procedí a examinarlo. Representaba una simple composición de la Madonna y el Niño; la madre miraba al frente, apretando al niño en su regazo. Sonreía vagamente, y dirigía su mirada fuera del cuadro con una solemne dulzura. Era hermoso y bueno, pero no era un Correggio. Había en efecto una cierta sugerencia de su toque exquisito, pero era meramente un parecido y no la preciosa realidad. Un hecho, sin embargo, me llamó poderosamente la atención: el rostro de la Madonna guardaba un singular parecido con el de Miss Evans. Las líneas, el carácter, la expresión, eran los mismos; la vaga sonrisa medio pensativa era la suya, al igual que la franqueza femenina y la delicada firmeza de la frente, desde donde el pelo oscuro se ondulaba hacia atrás con uniforme abundancia. Todo esto, en el rostro de la Madonna, estaba destinado al cielo, y en el de Miss Evans, en un grado justo, probablemente, a la tierra. Pero la semejanza entre ambas era, sin embargo, perfecta, lo que aceleró mi interés por el cuadro hasta un punto que el mérito en sí de la obra no habría podido justificar. Confieso sin embargo, que no tardé en descubrirle ciertas cualidades.

—Dudo de que sea un Correggio —afirmé.

—¡Un Correggio, le doy mi palabra de honor, señor! —exclamó el muchacho.

—¡*Ecco!* La palabra de honor de mi hijo —exclamó su madre.

—No niego que es una obra muy bella. Es tal vez un Parmigianino —dije yo.

—Oh no, señor —insistió la anciana—, ¡un verdadero Correggio! ¡Lo hemos conservado durante doscientos años! Pruebe con otra luz y verá. ¡Un verdadero Correggio! ¿No es cierto, hija mía?

El muchacho me cogió el brazo, jugueteó con los dedos de su otra mano en el aire por encima del cuadro y musitó una docena de elogios.

—Desde luego —dije yo— que es una pintura muy bella.

Mientras la miraba sentía los oscuros ojos de la muchacha sentada en el sillón fijos sobre mí con una intensidad casi desagradable. Nuestras miradas se cruzaron por un instante: encontré en la suya una extraña mezcla de orgullo desafiante y de triste y abatida necesidad.

—¿Cuánto pide por el cuadro? —pregunté. Se produjo un silencio.

—Habla, *madre mia* —dijo el joven.

—¡*La senta!*⁷ —y la mujer jugueteó con su abanico roto—. Póngale usted precio.



—Si le pusiera un precio, no sería el de un Correggio. No puedo permitirme comprar Correggios. Si este fuera un auténtico Correggio, ustedes serían ricos. Deberían dirigirse a un duque o a un príncipe, no a mí.

—¡Seríamos ricos! ¿Escucháis, hijos míos? Somos muy pobres, señor. Sólo tiene que mirarnos. Mire a mi pobre hija. En tiempos fue bonita, fresca, alegre. Hace un año cayó enferma: una larga historia, señor, y triste. Hemos visitado a médicos; han recomendado cinco mil cosas pero mi hija no mejora. Ahí lo tiene, señor. Somos muy pobres.

La mirada de la joven confirmaba la historia de su madre. Que había sido hermosa era fácilmente reconocible; que estaba enferma era igualmente evidente. De hecho todavía destacaba por una elegancia conmovedora, hambrienta e insatisfecha. Permanecía en silencio y sin moverse, con los ojos fijos en mi rostro. Examiné de nuevo el supuesto Correggio...